

PALADAS, EL ULTIMO ALEJANDRINO

por Carlos García Gual

I

Páladas vivió en Alejandría de Egipto en los tres últimos cuartos de siglo IV d.C.¹ Lo poco que sabemos de su vida lo deducimos de sus versos. Al parecer su existencia fue oscura y malhumorada. Se sentía amargado porque su difícil salario de maestro de escuela (*γραμματιστής*) no le permitía escapar a la pobreza (*A.P.* IX, 171, 173, 174; IX, 169, 175; XI, 302, 303); y porque su mujer tenía mal carácter (IX, 168; XI, 378); y porque, en un mundo hostil, sin poder compartir las ilusiones ni los fanatismos de sus contemporáneos, veía acercándosele la vejez implacable y la muerte como disolución total.

Vocado singularmente a la pedantería, su disconformidad con la época histórica en que, fatalmente, le tocó vivir, confiere a su poesía una tonalidad más trágica y una significación simbólica más honda de la que su poética limitada prometía.

Con su vinculación intelectual y emotiva a un mundo que perecía en su presencia, a la cultura pagana del viejo helenismo; desdeñoso e incrédulo ante los nuevos credos de la política y la religión oficiales, Páladas puede parecernos un personaje romántico, condenado a un vivir mezquino y sin sentido en ese ocaso del mundo antiguo, que él desde su perspectiva personal, sintió como catástrofe y descomposición.

Ni el entusiasmo, la admiración ni el amor, le incitaron a la poesía. Antes le sirvieron de acicate la sátira, el rencor y la desesperación. Ni elogió el heroísmo ni aspiró a él. Vió la vida como la escena de una tragicomedia indefinida, a cuyo ilógico azar debía resignarse.

"Escena y farsa es toda la vida. Aprende a actuar sin tomártela en serio, o soporta tus dolores."

*Σκηνη πάς ὁ βίος καὶ παίγνιον ἢ μάθε παίζειν
τὴν σπουδὴν μεταθείς, ἢ φέρε τὰς δούνας (A.P. X.72).*

II

En los cortos vuelos del epigrama cabe casi todo. La conjunción de anécdota y retórica puede aprovechar al solemne epitafio heroico o al piropo banal. Poesía de circunstancias, que se desliza con demasiada frecuencia hacia el preciosismo, la pedantería o la obscenidad.

1. Cf. A. Cameron, "Notes on Palladas", *CQ.* 1965, pp. 215-229; esp. 219-225.

De Páladas la Antología Palatina nos conserva unos 150 poemas, un número superior a los de cualquier otro poeta de la colección. Casi todos están contenidos en los libros IX (ἐπιδεικτικά), X (προτροπικά) y XI (συμποτικά καὶ σκωπτικά).²

Varios de éstos zahieren con saña satírica la rapacidad o hipocresía de algún personaje de su tiempo. La sátira personal es uno de los rasgos de la poesía de Páladas. Aquí pasaremos un poco sin detalles esta veta, porque estas alusiones a personajes de su momento nos resultan de difícil precisión y de menor profundidad que aquellos otros rasgos en que nos refiere de modo más directo su situación personal.³

Los poemas satíricos muestran, a la par que un cierto ingenio, una indignación incontenible y desfogada en palabras, arma única del poeta. Contra los consejos amistosos de no seguir provocando a los potentes ni atraerse más enemistades, el satírico alega una cierta satisfacción del desahogo de su crítica malediciente. (Cf. *A.P.* X. 49).

“Mil veces juré no componer más epigramas, pues me he atraído la enemistad de muchos necios. Pero cuando pasa ante mis ojos el mascarón del muy ilustre⁴ ... Paflagonio, no puedo contener más mi debilidad”. (*A.P.* XI. 340).

“Elogiar es lo mejor, y la crítica, motivo de rencores... Pero hablar mal de los demás... resulta miel de Atica”, dice otro epigrama (*A.P.* XI. 341).

En esos tonos agrios de Páladas, sin la gracia satírica de un Lucilio ni la delicadeza de otros, suena algo raro: la sinceridad de la protesta contra un mundo envilecido.

III

Alejadría está para nosotros rodeada de una fantasmagoría literaria que la avecina al mundo de los espejismos. El dios de la ciudad pudo bien ser el antiguo Proteo, que por aquella costa nilótica guardaba sus rebaños de focas, cuando Paris, príncipe de Troya, recaló por allí con Helena de Esparta. El dios, variopinto y humorista, trocó a la más hermosa de las mujeres por un fantasma similar, el ídolo vano por el que griegos y troyanos murieron y arrasaron ciudades. Esta leyenda sobre el dios multiforme y el engaño mortífero parece un emblema del espíritu de esta comarca, donde el prodigioso Alejandro inventó esta proteica ciudad.

Sobre ella amontonaron sus prestigios el erotismo, la magia y la erudición. Los monumentos colosales y las trabajosas bibliotecas fueron aniquilados por los incendios y los fanatismos. La fastuosa Alejandría festiva de los Tolomeos; la de Antonio y Cleopatra, con afán imperial; la de los poetas y gramáticos del Museo; y también la del fanático califa Omar; y la de Kavafis, y la de Lawrence Durrell. Imágenes superpuestas de una ciudad superticioso y sensual, poblada de mil gentes diversas, la ciudad más populosa un tiempo del Oriente helenístico, y la más corrompida tal vez.

2. Cf. A. Cameron, *op. cit.*, p. 216.

3. Para el tema en general, cf. los estudios de A. Franke, *De Pallada Epigramatographo*, Diss. Leipzig 1899, y de W. Zerwes, *Palladas von Alexandria*, Diss. Tübingen, 1956, (que no hemos podido consultar). Y W. Peek en su artículo en la *RE*. XVIII, 3.161; y L. A. Stella, *Cinque poeti dell'Antologia Palatina*, p. 3.

4. Para la interpretación de *παυταγάθου* como adjetivo, y “Paflagonio” como referencia aristofánica, cf. L. A. Stella, pp. 330-31.

Ese aire decadente y plácidamente destructor, que consumió al indolente Kavafis, y el colorido misterioso de las novelas de Durrell, existían en la atmósfera de Alejandría de fines del s. IV, cuando la ciudad, vieja de siete siglos y muchas leyendas, era desbancada por la nueva metrópolis oriental de Constantinopla y competida por Antioquía.

La figura de un nuevo personaje marcaba con su silueta característica el momento: la de los monjes, que pululaban en los yermos vecinos de la Tebaida, con su desprecio cínico y su intolerancia hacia las glorias mundanas. En contraste con ese aire decadente y barroco de la ciudad, los ascetas, adeptos de un cristianismo combativo, se sienten inflamados de un ardor pujante y triunfalista. Los guía una fe opuesta a toda esa pedantería literaria, erudita y escéptica, con que los profesores del Museo, que ahora serán los "Έλληνες, los "paganos", adornaban su politeísmo conservador.

A los ojos de cualquier observador perspicaz, la suerte estaba echada desde que Constantino se convirtió a principios de siglo. Mucho más a finales, cuando el trágico Juliano, tras un breve reinado de "apostasía", ha muerto; y muerto está ya el "divino" Jámblico, el apóstol del neoplatonismo. Teodosio en el 380 declara religión oficial del imperio el Cristianismo, que cuenta ya con una poderosa organización eclesiástica.

Las tornas han cambiado. Ahora se dificulta la enseñanza de las letras a los que no profesan la fé cristiana. El mismo Páladas se verá amenazado con la pérdida de su oficio de maestro de escuela por esta razón ideológica. Pero además, el ardor de muchos fieles va más allá de los decretos oficiales. Gentes enardecidas por intransigentes predicaciones entran a saqueo en los templos paganos, que a veces logran salvarse de la destrucción sólo al rebautizarse como cristianos. El pueblo destruye las reliquias idólatras, derribando las estatuas de los antiguos dioses, ahora obscenos, y refundiendo las de bronce, plata y oro, para utilizar el material sin su forma divina.

El templo de Delfos yace mudo y arruinado. Como un gesto simbólico, una gran estatua de Apolo se yergue en Constantinopla, después de haber sustituido la cabeza serena del dios solar y sabio por la de Constantino, fundador de un nuevo orden, por el triunfo de las armas. El templo alejandrino de Serapis, asaltado por la turba en el 391, se abre como iglesia cristiana, a principios de siglo, en tiempos de Arcadio.

La reacción popular encuentra enfrente la tenaz oposición de algunos hombres de letras, profesores varios, dispuestos a morir incluso por la esencia de un helenismo idealizado. Los más reacios defensores del viejo paganismo, gentes como el médico Magno, el filósofo Olimpio, el matemático Teón y su hija, la sabia Hipatia, perderán entonces la vida, mártires vanos de una cultura milenaria, a principios del siglo V.

Para nosotros las figuras más nobles son aquellas que, como los Padres de la Iglesia, intentan acoger lo más valioso de la cultura antigua, armonizándolo con su fé en otro sistema espiritual. Páladas es casi contemporáneo de S. Jerónimo y de S. Agustín, a los que ignora. Su mirada se fija más bien en el mundo que se hunde, no en el que alborea. Sentado entre las ruinas de una desolada acrópolis no percibe la luz de la Ciudad de Dios, sobre la marcha de la historia. No combate por el viejo paganismo ni alberga esperanzas sobre su futuro. Su marginación al oleaje histórico que le sumerge en su avance para él ilógico, con su falta de ilusiones, es el tono seco y apagado que da Páladas en la historia de la literatura griega.

IV

Detrás de todos los sucesos dramáticos de esta vida alcanza Páladas a distinguir sólo un poder: el de la Fortuna, la *Tύχη*, irracional e injusta. La metáfora de que la vida es un teatro, y que somos actores de una farsa, es muy propia de la época helenística, utilizada por Diógenes, Polibio, Luciano o los novelistas A. Tacio, Caritón y Heliodoro.⁵ En la novela el final feliz, como en la comedia nueva, ofrece una compensación al caótico proceso de peripecias de sus protagonistas. En la vida real, el final feliz no es tan fácil. Páladas ha dedicado varios epigramas a la Fortuna, con tonos diversos, aunque la nota permanente es la queja contra lo ilógico e injusto de su poder. Mucho de su vocabulario y de sus imágenes (p. ej. Fortuna como timonel del barco de la vida, X. 65, Bowra 119) y, en suma, de su contenido es herencia de tantas y tantas quejas contra esta diosa, de tan potente relieve y de extensa y ambigua religiosidad en el mundo helenístico.

Pero algún calificativo es nuevo y provocativamente audaz, como el de “esclava” y “vieja tabernera”, comentando el irónico hecho de que el templo devastado que la diosa Fortuna poseía en Alejandría se reabriera al público como taberna, o el de “prostituta”, calificativo que de nuevo empleará Hamlet, para expresar su irritación contra esa veleidat femenina y perversa del azar.

X.80 “Juego teatral de la Fortuna es la vida humana, lamentable y perdida, que gira como una peonza entre la prosperidad y la pobreza. A los unos los recoge y los lanza como una pelota a lo alto, y a los otros de las nubes los revuelca al Infierno del Hades.”

X.62 “Ni razón ni ley conoce la Fortuna, que tiraniza a los humanos, a los que arrastra a su capricho en sus vaivenes. Más se inclina a los injustos, y a los justos los odia, como si quisiera mostrar su irracional potencia.”

Las imágenes de la torrencial sinrazón de la Fortuna, inesperada e injusta, se repiten en una serie de versos (cf. además X.65, 87, 96). Tal vez la expresión más completa sea la de X. 87, donde probablemente tiene razón A. Cameron, al ver un eco de algún pasaje de la comedia nueva:⁶

X. 87 “Si no nos burlamos de la vida, ¡condenada fugitiva! y de la Fortuna, que se contornea con vaivenes de puta, nos ofreceremos el dolor nosotros mismos, al ver a los indignos en cualquier parte más afortunados”.⁷

Cuatro poemas (IX, 180, 181, 182, 183) están dedicados a comentar el irónico caso del templo de la Fortuna degradado a taberna. Juegos de palabras repetidas sobre los infortunios de la Fortuna infortunada. Traduzco sólo el último.

5. Cf. Bowra, “Palladas on Tyche”, *CQ*, 1960, pp. 118-128. Esta página debe mucho a ese artículo. Para citas de estos autores, p. 121.

6. *Op. cit.*, p. 226-229. Contra Bowra, a.c. Una variante de esta poesía se ha encontrado en una letrina de Efeso.

7. Ya en X, 96 el poeta se aplicaba a sí mismo las quejas y la pregunta: “Cómo voy a superar a la Fortuna, que de imprevisto irrumpe en nuestra vida, con los modales propios de una mujer dedicada a la prostitución”. (vv. 8-10).

La solución de “reirse de la Fortuna” me parece un eco epicúreo (cf. D. L., X. 133: *την δὲ ὑπό τῶν δεσπότην εἰσαγομένην πάντων δεσπότην...*). Otros ecos epicúreos en Páladas puede haber en V. 72; XV. 20, X. 77, X. 59, XI. 282.

“También tú, Fortuna, al fin trastornada, burlada te ves, y no has podido ahorrar-te el más bajo infortunio. Tú que antes tenías un templo, sirves a la vejez de moza de taberna. Ahora vas por ahí de esclava portadora de jarras calientes. Es el momento de que llores piadosamente tu desgracia, divinidad inestable, tu fortuna, que como la humana, se ha venido ahora por los suelos.”

Otro grupo de epigramas (IX.49, IX.172 y IX. 134) ofrecen una imagen diferente. El poeta despide a la Fortuna y la Esperanza, porque dice que ha llegado al puerto. Tal vez el de la muerte, puerto acogedor de todos, como señalaba al timonear el barco de la Fortuna (en X.65). Tal vez la resignación. Traduzco el primero de ellos.

IX.49 “Esperanza y tú Fortuna, ¡adiós! He encontrado el puerto. Nada hay entre vosotras y yo. Jugad con los que vienen tras de mí.”

Nos gustaría pensar que esta resignación corresponde a una etapa de la vida madura del poeta y no a un nuevo *topos* literario. Pero la colección antológica no permite tales hipótesis. (Bowra compara con estos versos unos epitafios latinos que nos muestran el mismo tema:

“Evasi, effugi. Spes et Fortuna, valete,
nil mihi vobiscum est, ludificate alios.”

(C. I. L. VI 11743) o.c. p. 126)

V

Esta Fortuna ilógica personifica el discurso histórico que ha arruinado a los viejos dioses del mismo modo que trastueca la vida humana. Ironías del azar: el templo de la Fortuna se rehabilita en taberna, el bronce de una estatua de Eros se ve refundido en un pebetero, recordando su fogoso poder (X. 94). Y las efigies de los viejos Olímpicos logran sólo salvarse de la destrucción, rebautizados como efigies de santos cristianos. A.P. IX. 528.⁸

Χριστιανοὶ γεγαῶτες Ὀλύμπια δωμάτων ἔχοντες
ἐνθάδε ναιετάουσιν ἀπήμονες· οὐδὲ γὰρ αὐτοὺς
χώρη φέλλιν ἄγουσα φερέσβιον ἐν πυρὶ θήσει.

La única respuesta al revolucionario cambio es esa esclavitud al momento, que Heracles, símbolo de la antigua manera heroica, revela al poeta:

A.P. IX.441 “Quedé sorprendido al ver en la encrucijada al broncíneo hijo de Zeus, él, que antes recibía las súplicas, ahora estaba tendido en el polvo. Apenándome entonces le dije: ¿Protector de las desgracias, engendrado en tres noches, tú, el nunca vencido, hoy tirado te encuentras? Pero por la noche se me apareció sonriente y me dijo: “Aunque sea un dios he aprendido a ser esclavo del momento” (*καιρῷ δουλεῦειν καὶ θεὸς ὢν ἔμαθον*).

El *καιρός* que marca el papel escénico de cada uno, ha mudado así el hábito de los dioses. También a los hombres les alcanza ese momento, al que hay que aprender a esclavizarse.

8. Cf. Bowra, “Palladas and Christianity”, *PBA* 1959, pp. 91-5; “Palladas and the coverted Olympians”, *ByzZ* 1960, pp. 1-7 y Cameron, a.c.

La vida del poeta, amargada ya por el escaso rendimiento económico de su profesión y por un matrimonio poco feliz, cobra un sentido más general al insertarse en esa catástrofe universal, más absurda que su personal anécdota. Por encima de los versos en que nos habla de "la cólera funesta" que ha sido para él dedicarse al estudio y la enseñanza de la cultura clásica, con un juego de palabras pedante, está esa desesperanza total, que le lleva a rechazar todo consuelo. Rechaza el platonismo, ignora el cristianismo, y toda esperanza en una vida inmortal, y expone como consuelo la creencia en la muerte como negación total, único puerto de nuestro viaje.

Junto a unos poemas que cuentan la pobreza de la profesión (IX.174) (cf. 170, 173) y otros antifeministas (IX. 165, 166, 167; XI. 381), otros conjugan las desgracias de su profesión y su mujer (IX. 168, 169, XI. 378), de las que tienen sólo dos días buenos (IX. 381): y otros nos hablan de que tiene que vender sus libros (IX. 175, 171), "instrumentos muy resonantes de las musas".

IX.169 "La cólera de Aquiles también para mí ha sido el motivo de funesta pobreza, por dedicarme a maestro de letras. ¡Ojalá que con los Dánaos me matara la cólera aquella, antes de que me mate el hambre dura de la enseñanza! Pero para que otra vez arrebate Agamenón a Briseida, y a Helena rapte Paris, yo me he convertido en mendigo".

IX. 168 "Una cólera funesta" como esposa tomé, infeliz, y por mi oficio comienzo con la cólera. Ay de mí, el muy colérico, que tengo un yugo de dos furias, la enseñanza de las letras y una mujer combativa.

IX. 378 No puedo soportar a mi esposa y a la gramática, a la gramática insolvente, y a mi esposa insolente.

IX.175 Mi Calímaco vendo y mi Píndaro, y hasta las mismas declinaciones de la gramática, que tengo mi declinación por la pobreza.

Pues Doroteo elimina la sirtaxis que me nutría, cumpliendo contra mí un impío decreto.

Tal vez hubo de abandonar esa enseñanza por mandato gubernativo (IX. 171, XI. 378); mientras que por otra ley no podía abandonar a su mujer, más detestable que la cultura clásica.

VI

Esta sordidez de su vida privada queda enmarcada en dos temas de mayor trascendencia. Por un parte Páladas se siente integrado, si no para el combate por la causa perdida, al menos para la derrota, con el grupo de intelectuales paganos, en desgracia. Con estos "helenos" perseguidos, cuya desaparición representa la de una cultura con la que el poeta ha vivido, y que más que la mera circunstancia histórico-temporal era la auténtica patria, la polis espiritual que agoniza, incluso antes de la propia desaparición física de su persona.

"Los helenos" estamos ya convertidos en polvo, mantenemos sepultas esperanzas de cadáveres. Porque ahora anda todo trastocado". (*ἀνεστράφη γὰρ πάντα νῦν τὰ πράγματα*) (A.P. X.90, 5-7).

“¿Acaso sin morir vivimos sólo en apariencia, compañeros “helenos”, en la desgracia hundidos, imaginando un sueño, que es nuestra vida? ¿O vivimos nosotros aún, cuando ha muerto la vida?” (*A.P.X.* 82).

Al mismo tiempo Páladas enlaza esta desgracia con el destino de la humanidad, y es dudoso decidir si hemos de ver una referencia a los helenos en el pesimismo de *A.P.* X. 85.

“Somos guardados y cebados todos para la muerte, como una piara de cerdos a los que se degüella sin razón”.

Y el último tema, el más general, es el sentido grave del pasar del tiempo, con una incitación hedonista, al “carpe diem” con el vino gratificador, y la consideración de la muerte, democrática, ecuánime, desnuda.

Traduzco dos poemas sobre el curso del tiempo:

X.81 “¡Qué breve el placer de la vida!
Lamentábais vosotros la precipitación del tiempo.
Nosotros nos echábamos y dormimos
con pesar o con gozo. Pero el tiempo corre,
corre para nosotros los hombres infelices
y aporta a cada uno el final de la vida”.

X.79 “Al acabar la noche nacemos día a día
sin retener ya nada de nuestra vida anterior,
nuestro pasar de ayer se nos ha hecho ajeno,
y hoy comenzamos de nuevo nuestra restante vida.
No vayas a decirte viejo de demasiados años,
pues de todos los pasados nada te queda hoy”.

Y otros sobre la muerte, en que se subraya ese tono negro de la desaparición total.

X.84 “Llorando nací y llorando muero.
Con múltiples llantos recorrí toda la vida.
¡Oh linaje humano, lloroso, débil, desgraciado,
que surge de la tierra y en ella se reduce! ”

Rechaza las consolaciones de una trascendencia del alma, y las ilusiones platónicas (X. 45), en unos versos tremendos; y acoge a la muerte como la liquidación, con la resignación del cínico ante la nihilidad de la fortuna humana.

A. P. 58 “De la tierra vine desnudo, y desnudo a la tierra me voy.
¿Por qué fatigarme en vano, cuando veo tan desnudo el fin? ”

Más que la muerte es el temor de la muerte lo lamentable, como dice, con talante epicúreo (*A. P.* 82; X. 59).

X.59 “No llores ahora por el que se va de la vida;
porque ningún sufrimiento hay tras la muerte”.

Y frente a esa negación de la trascendencia mortal, el poeta recurre al consuelo hedonista, como Teognis o Anacreonte.

- A. P. X. 118 “¿Cómo nací? ¿De dónde soy? ¿Con qué fin llegué? ¿Para partir?
 ¿Cómo puedo aprender algo si no sé nada?
 Nací, sin ser nada. De nuevo seré lo que era antes.
 Nada y ninguna es la estirpe de los hombres.
 Pero ¡ea! sírveme de la fuente placentera de Baco.
 Pues ése es el antídoto y medicina de los males”.

También en ese pesimismo suena en los versos de Páldas la nota tradicional, y también aquí se mezcla la expresión tópica y fijada, con un sentimiento personal. (Cf. XI. 62). *εὐφροσύνη*. Es sintomático, por otra parte, el rechazo de todo consuelo. Hasta la Fama es injusta y fatal. Y está ausente la Gloria.

- X. 89 “Si es un dios la Fama, también ella está irritada con los Helenos,
 a los que engaña del todo con falsas promesas.
 La Fama, si vas a sufrir algo, se revela enseguida verdadera.
 Muchas veces la rapidez de la desgracia adelanta incluso a la Fama”.

¿Es esta la última palabra del viejo alejandrino? ¿La única consolación al nihilismo de la existencia la encontraba el poeta en el vino que aporta el sueño y el olvido? ¿Le servía la tradición clásica sólo para negar toda posibilidad de esperanza en su momento histórico? ¿O se trata de una serie de tópicos en instantes de dolor y melancolía?

Para nosotros, en todo caso, el viejo pesimismo helénico cobra en Páldas una nueva connotación en el ocaso de los valores paganos. Otra respuesta suya más auténtica que la negativa a esta vida degradada, no la sabemos.